

## REFLECTIR EN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

**Adolfo Chércoles**

**(Sevilla, 9 de abril de 2011)**

Siempre que en los EE aparece la palabra “reflectir” lo hace de esta manera: “reflectir para sacar algún provecho”.

El término reflectir está llamado a posibilitar que todo lo que yo he estado viviendo interiormente, espiritualmente con los EE se traduzca en realidad.

Cuando termina San Ignacio los EE en la Contemplación para alcanzar amor, avisa muy seriamente de que el amor se ha de poner más en las obras (realidad) que en las palabras.

Ese sentido de concreción o determinación (determinación, palabra clave en Ignacio) que significan el aterrizar en la realidad, es muy importante en Ignacio, ya que puedo andar con principios muy sublimes en mi vida, pero si no determino, todo queda en el aire y vive uno de fantasías.

Este sentido concreto, este “sacar provecho” sale continuamente en los EE y casi siempre unido al vocablo “reflectir”.

Esta palabra “reflectir” no aparece en el Diccionario de Covarrubias, el primero conocido de la lengua castellana.

En un Diccionario de Autoridades de alrededor del año 1717 aparece reflectir como “el hecho de reflejarse el rayo de luz en el cuerpo opaco”.

Es pues el hecho de reflejarse, un tocar el cuerpo opaco. Entonces reflectir no es “reflexionar”,

¿Por qué no es reflexionar?, es importante que caigamos en la cuenta, porque Ignacio en las meditaciones de 3 potencias (1ª semana), nunca saca ahí la palabra reflectir, sino “discurrir con el entendimiento”, por lo cual reflectir tiene que ser otra cosa. Sin embargo sí aparece reflectir en contemplaciones o en aplicación de sentidos, y esto es porque reflectir tiene más que ver con la sensibilidad que con la reflexión.

Es importante que caigamos en la cuenta de hasta qué punto en los EE de San Ignacio está todo trabado.

En realidad, los hechos, la vida misma, es la única que a veces puede desmontar ideas fijas que tenemos. Sólo si me topo con la realidad, me choco con algo que no tiene nada que ver con lo que yo antes veía clarísimo, y eso va a tocar mi sensibilidad, nunca mi inteligencia. Nuestra inteligencia accede a la realidad a través de la sensibilidad.

San Ignacio saca pues la palabra reflectir en el término de la contemplación. En la contemplación yo no estoy propiamente reflexionando. Cuando contemplo un cuadro, por ejemplo, estoy dejando que su belleza, su luz, composición, figuras,... me emocionen. La realidad del cuadro me toda a través de la sensibilidad, de los sentidos.

La contemplación es pues algo tremendamente pasivo. Además San Ignacio incluye el reflectir también en la aplicación de sentidos, que es algo más pasivo todavía. Siempre decimos que la aplicación de sentidos no sabemos como se hace, pero si podemos saber que falta.

Aquí hay que remitirse al principio de EE, algo que damos en la Presentación y que cada vez adquiere más importancia por el alcance que tiene: el Primer Modo de Orar.

Este Primer Modo de Orar ha sido adelantado a la Presentación al caer en la cuenta del alcance que puede tener cuando se llega a los 5 sentidos corporales, ya que nos indica que "...el que quiera imitar a Jesús en los *sentidos corporales*...". ¿No habría sido mejor imitar a Jesús en las virtudes?, pero no, San Ignacio nos indica que hemos de imitarle en los sentidos corporales. Esto puede resultar algo raro.

Nuestra sensibilidad tiene una estructura; no todos tenemos la misma sensibilidad. Esta sensibilidad se traduce en manifestaciones muy reales, en hechos concretos en hábitos y siempre tiene que ver con mi acceso a la realidad. Mi praxis va a estar asegurada cuando mi sensibilidad se ha incorporado a eso que yo teóricamente conocía.

Se puede recordar el ejemplo del carnet de conducir: el día que aprobamos el examen es el día que más sabemos del código de circulación, el día que más motivados estamos para conducir por la ilusión de poder conducir, pero todavía no se puede decir que sepamos conducir; sólo con la práctica (en contacto con la realidad de la conducción, dando sustos, recibiendo sustos) llegamos a conducir sin pensar, aunando todos los sentidos, el tacto, el oído, la vista...

¿Qué quiere decir San Ignacio cuando nos indica que pidamos "conocimiento interno"?, ¿cuando un conocimiento pasa de ser mero conocimiento a ser "conocimiento interno"?: cuándo mi sensibilidad se incorpora a ese conocimiento, cuando mi espontaneidad se expresa en eso que tengo que responder. Es decir, solamente cuando la sensibilidad está unida a la praxis es cuando podemos decir que tenemos verdadero conocimiento interno. Esta unión de la sensibilidad a la praxis sólo se logra con la repetición. El conocimiento interno no puede alcanzarse sin la repetición y ésta nunca es apetecible.

Cuando mi manera de ser, mi sensibilidad, se ha incorporado a ese conocimiento, es cuando podemos decir que tenemos conocimiento interno.

Si nuestra sensibilidad fuera la de Jesús, nuestra respuesta a la realidad se parecería a la suya y esto es lo más opuesto al voluntarismo.

Al decir en el Primer Modo de Orar "imitar a Jesús en los sentidos corporales" lo que viene a indicar es que si nuestra sensibilidad fuese la de Jesús, nuestra manera de ir por la vida y nuestra respuesta ante la realidad se parecería más a la de Jesús. Si nuestra manera de ver las cosas, de mirar, de escuchar, si nuestros gustos y repugnancias (todo esto tiene que ver con la sensibilidad) fuesen las de Jesús, nuestra respuesta estaría mas resuelta; porque yo no voy a hacer una cosa que no veo, que me repugna, que me huele mal (caer en la cuenta de cómo todo esto se refleja hasta en el lenguaje). Lo que ha tocado fondo en mi sensibilidad es lo que ha tocado fondo en mí y eso es lo que se ha incorporado a mi manera de ser.

Coloquialmente muy a menudo cuando queremos que alguien haga algo bien le decimos "por favor, pon los cinco sentidos". ¿No sería más importante que pusiera toda su inteligencia?: pues parece ser que si mis cinco sentidos se incorporan al conocimiento, ese conocimiento ha llegado a la cumbre porque se ha hecho algo mío. Esto es lo más opuesto al voluntarismo, como ya se ha dicho.

Para incorporar la sensibilidad de Jesús no es necesario dejar nada, es más bien una estructuración nueva, algo pasivo que no sabemos bien como ocurre, pero sí sabemos que ocurre.

Nosotros respondemos más adecuadamente a la realidad cuando está incorporada nuestra sensibilidad a través de la repetición, que cuando yo actuamos por los meros conocimientos o el mero voluntarismo.

Sólo si aplicamos nuestros cinco sentidos, es decir toda nuestra sensibilidad a ese conocimiento, es cuando podemos decir que tenemos conocimiento interno, y esta aplicación únicamente se consigue con la repetición. Aquí también podemos recordar el ejemplo de la persona que ha conducido mucho durante toda su vida y cuando tiene que hacerlo con un vehículo que no es el suyo, aunque tenga los mandos de forma diferente, no encuentra ninguna dificultad en conducirlo de forma espontánea. Esto no es lógico, pero sucede porque existe un conocimiento interno que va más allá del conocimiento intelectual.

Con el Primer Modo de Orar vamos cayendo en la cuenta de todo esto.

La última meditación de primera semana sobre el infierno, de hecho es ya una sensibilización, una aplicación de sentidos negativa que se ha ido preparando previamente: “intenso dolor y lágrimas, vergüenza y confusión, triple aborrecimiento, temor de las penas”. Aborrecer expresa un cambio de mi sensibilidad que ahora va repeler lo que antes me apetecía. Ignacio no saca aquí el arrepentimiento sino que lo encamina hacia una reestructuración de mi sensibilidad (aborrecimiento) que nada tiene que ver con el voluntarismo. El temor de las penas también tiene que ver con los sentidos (“con el temor se pone la carne de gallina”). Es decir todo va encaminado a una reestructuración de la sensibilidad, que es lo que a tocar la realidad. Con la inteligencia no se toca la realidad, y con las emociones tampoco.

En las contemplaciones, siempre antes de la aplicación de sentidos, pone dos repeticiones para hacer más personal la escena que contemplo (ahí donde encuentro alguna emoción, consolación etc.). Pero llega un momento con las repeticiones que pensamos que ya nos lo sabemos y entonces es donde Ignacio pone la aplicación de sentidos, porque el conocimiento interno no tiene que ver con la emotividad (consolación o desolación) ni con la inteligencia (ya me lose); es otra cosa.

El conocimiento interno no depende de los sentimientos ni de los pensamientos, sino que está incorporado a mi manera de ser, a mi sensibilidad y eso ya no se olvida.

Si esto lo unimos a lo de “imitar a Jesús en los sentidos”, pues va cobrando sentido.

Rivadeneira cuenta en un texto suyo, cómo San Ignacio procuraba saber las inclinaciones de cada persona para llevarlas suavemente hacia la perfección. La perfección está en la suavidad, no en el voluntarismo ni en la tensión.

Es decir que no es cuestión de voluntarismo, sino de suavidad, es decir que la perfección es la espontaneidad, la sensibilidad llevada a la práctica y esto no se da hasta que la sensibilidad se haya incorporado a ese conocimiento.

A lo largo de los EE pedimos conocimiento interno en:

- Primera semana: pido conocimiento interno de mis pecados para que “aborreciendo..., enmiende y ordene...” Es decir no voy a pecar porque esté mandado, sino porque lo aborrezco; yo no voy a dejar de hacer una cosa que me sigue gustando y sin embargo cuando me da asco, ya no la repetiré.

Esto es más lento, pero más estable (ejemplo de poder tocar el piano aunque no tenga ganas) porque ya no va a depender del pensamiento o de las emociones.

- También pedimos conocimiento interno “del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga”: yo voy a amar y seguir cuando a mi sensibilidad le apetezca y no la rechace.

Hemos de tener en cuenta que todos nosotros nos acercamos al evangelio con nuestras racionalidades, con nuestras mentalidades, nuestras visiones de la realidad tan hechas de antemano, con listas hechas de lo correcto o incorrecto.

Cada uno de nosotros somos nuestra sensibilidad, ni lo que pensamos ni siquiera lo que sentimos en un momento determinado, porque mañana puede cambiar ese sentimiento.

Mi sensibilidad no es lo que pienso, ni las emociones que tengo; la sensibilidad es algo continuo y que se va a expresar espontáneamente.

San Ignacio pide este conocimiento interno nada menos que de cara a fe (“conocimiento interno del Señor”, no un conocimiento intelectual): pide que mi contemplación vaya cambiando mi sensibilidad (unirlo a lo dicho en el primer modo de orar) y en esa medida claro que le amaré y no emotivamente (hoy me llena y mañana no me dice nada); así me comportaré independientemente de lo que pienso o de mis emociones.

Si mi sensibilidad no se ha incorporado a la fe, en realidad no es fe, no me cambia, y mi praxis será una mera imposición, no algo que nace de dentro, del conocimiento interno.

En la meditación con los mandamientos: “pedir gracia a Dios Nuestro Señor para conocer en lo que he faltado en los 10 mandamientos y así pedir gracia (nos cuesta ver los fallos) y ayuda para enmendar en adelante (no ha de ser cosa de voluntarismo) y perfecta inteligencia de ellos para mejor guardarlos”: Si yo solo trato la realidad desde la razón, siempre voy a tener resistencias; si Dios me concede (gracia) esa perfecta inteligencia, entonces es cuando me comprometo. Sólo voy a comprometerme con “lo que veo” (sensibilidad). Nunca me comprometeré con algo que “no veo”.

- En la Contemplación para alcanzar amor, cuando nos devuelve a la realidad, se pide “conocimiento interno de tanto bien recibido, para que en todo pueda amar y servir”, es decir que espontáneamente perciba la realidad como don y no como algo que me puedo llevar a mi casa. La contemplación no es posesiva, no es atrapadora, no es que me lo tengo que llevar, sino que es enriquecedora.

Al principio yo tenía que hacerme indiferente, desenganchándome de las cosas, de los afectos desordenados que me quitan libertad (mi sensibilidad es codiciosa), no para andar por la vida dándome todo igual, sino para culminar en el conocimiento interno de que todo se me da gratuitamente; esa percepción de que todo es pura posibilidad, que se me da gratuitamente, me hará no ser un depredador. Por eso pedimos que nuestra sensibilidad no sea ambiciosa.

La realidad no cambia porque nosotros hagamos los EE, lo que cambia es nuestra manera de percibirla, nuestra sensibilidad: al principio era una realidad codiciosa y al final la percibimos como un don, algo gratuito y puedo responder “en todo amar y servir” de forma espontánea.

Este conocimiento interno que pedimos es lo más grande que podemos recibir: el percibir la realidad como un puro don, pura oportunidad, que me vuelve gratuito. La culminación de la persona es la gratuidad.

Dice San Pablo que hay que servir por amor que nunca va a ser voluntarismo, sino que sale de dentro, espontáneamente.

Uniendo todo podemos decir que lo que a mi me va a posibilitar “en todo amar y servir” es que mi sensibilidad se ha reestructurado de tal forma que me hace salir de mi mismo, porque percibo que todo me ha sido dado, regalado y de dentro de mí sale darme gratuitamente; este conocimiento interno de una realidad, que es igual que antes, provoca que mi sensibilidad la perciba no como carencia (desde mi egoísmo, yo tengo derecho), sino desde la gratuidad, como don.

El reflectir es que yo me deje tocar por la realidad, que no elucubre sobre ella, porque entonces la voy a manipular.

El contrapunto del reflectir es reflexionar: cuando reflexiono estoy manipulando, elaborando razones, justificaciones...

Pero cuando me dejo tocar por la realidad, no lo manipulo.

El reflectir es la gracia de dejarme tocar por la realidad, aunque no la entienda.

La genialidad de San Ignacio es que intenta que nuestros sentidos corporales conserven su capacidad de tocar la realidad y no que un corazón embotado (Mat, 13,10) me deje sordo y ciego, porque veo lo que tiene que ser correcto y no me deja ver la realidad tal y como es, aunque no la entienda.

Reflectir es un respeto, una pasividad, una no manipulación de la realidad que siempre me desborda, que no debo manipular sino percibirla como don y además me puede dar sorpresas.

- Por último, a la hora de tocar el “nosotros” en las Reglas sobre la Iglesia, San Ignacio toca el “sentido verdadero que en la iglesia...”. El sentido es la estructuración de la sensibilidad que está en contacto con la realidad. Pedimos un sentido *verdadero*, porque nuestra sensibilidad va a tener siempre un sentido nuestra sensibilidad nunca va a ser neutra. Tendríamos que pedir la capacidad de que la realidad se refleje en nosotros sin manipularla, con todas sus perplejidades porque posiblemente nos hará más atentos y más capaces de escucha que si previamente la manipulamos y la ajustamos a lo que nos conviene.

El conocimiento interno lo vamos a conseguir cuando nos dejamos reflectir.

La sensibilidad de Jesús siempre nos remite a una realidad, nunca a una idea, por eso hemos de reflectir, es decir, dejarnos tocar por la realidad sin manipularla y así llegar a tener un conocimiento interno de la sensibilidad de Jesús que se va a traducir en práctica.